

de Sevilla y fundador del gran Colegio de Nuestra Señora de la Antigua, o de la Compañía, pues fueron los jesuitas sus primeros inquilinos, regentándolo sin interrupción a lo largo de casi dos siglos. Su magnífico edificio, de estilo herreriano, aunque con algo de barroco, imprime con indiscutible autoridad un carácter singular al casco urbano monfortino. Aunque aquí hay otras fundaciones dignas de mención, debidas también al impulso rector de otros miembros de esta gran estirpe condal; una de ellas es la de las clarisas descalzas, cuyo convento fue levantado en un lugar recoleto y sereno, al otro lado del viejo puente sobre el Cabe. Allí se guarda -hoy se exhibe- una buena parte de la rica colección de objetos y relicarios de su fundadora, doña Catalina de la Cerda, que fue mujer de otro excepcional personaje, don Pedro Fernández de Castro, séptimo conde de Lemos -el gran conde lo llaman-, famoso como presidente del Consejo de Indias y virrey de Nápoles, pero más aún como protector de algunos de los más grandes de las letras españolas.

Se comprenderá, sólo con estas ligerísimas pinceladas, por qué en aquella reunión en el Instituto de Estudios Gallegos "Padre Sarmiento" todos asumimos la conveniencia de modificar el emblema municipal entonces vigente. Era el de la tau, cuya representatividad no resultaba sólo incompleta, sino históricamente inoportuna, por más que su presencia aireada y repetida la convirtiera al cabo en un referente familiar a los monfortinos. Lo fue mucho más, es evidente, en los tiempos medievales, pero no con ese significado, sino como símbolo sólo de los antonianos, esculpiéndose repetidamente en dinteles de puertas y ventanas para conjurar la entrada del temido fuego sacro o llamado propiamente de San Antón.

Y por lo dicho, se comprenderá también por qué en aquella reunión se acordó sin mayor discusión ni reserva la propuesta que sigue:



De plata (blanco), un monte de oro, sumado de una torre de lo mismo, acompañado en el centro del jefe de una "tau" de gules (rojo) y de seis roeles de azur (azul) en los flancos. Al timbre, corona real cerrada.

Con ella se incorporaron al campo del escudo municipal dos nuevas alusiones, concretas y suficientemente representativas de la realidad física y del pasado histórico de Monforte y la Tierra de Lemos. En primer término, el monte sumado de una torre, como recuerdo del ya mencionado enclave monfortino, que dio nombre y domina la municipalidad toda, levantándose allí el monasterio de San Vicente del Pino y la propia gran fortaleza de sus señores y condes. En segundo lugar ya, los seis roeles de azur, que portaron los del linaje Castro, señores y condes de Lemos a lo largo de los siglos XIII y XIV y que, después ya, se convirtieron en verdadero símbolo del carisma y prestigio disfrutado por aquéllos. Como complemento, se admitió -por ser el sentir indiscutido de la Corporación monfortina- el mantenimiento de la tau antoniana, que como también queda dicho fue símbolo de cierta y vieja aceptación, aunque con el tiempo variara su sentido, su carácter y hasta su propia significación.

Vistos estos fundamentos y la representación heráldica que aquí también se acompaña, la Comisión de Heráldica de la Xunta de Galicia, en sesión de 7 de abril de 2002, acordó informar favorablemente la pretensión del Concello de Monforte de Lemos. La decisión fue ratificada pocos días después por el Consello de la Xunta de Galicia, según consta en el Decreto 166/2002, del 25 de abril (DOG, núm. 93, de 15 de mayo de 2002, págs. 7.098-7.099).

Eduardo Pardo de Guevara y Valdés

Torre y Monte con Tau y Roeles

APUNTES SOBRE EL
NUEVO ESCUDO
MUNICIPAL DE
MONFORTE DE LEMOS

Por D. Eduardo Pardo de Guevara y Valdés
Presidente de la Comisión Heráldica de la Xunta de Galicia

El veintiuno de junio del pasado 2001, en mi despacho del Instituto de Estudios Gallegos Padre Sarmiento, en el Antiguo Hospital de San Roque, en Santiago de Compostela, convoqué a tres personas para determinar, con el autorizado parecer de cada uno de ellos, cual debía ser la propuesta de la Comisión de Heráldica de la Xunta de Galicia en relación con el escudo municipal de Monforte de Lemos. Eran su alcalde, Nazario Pin Fernández, el erudito monfortino Felipe Aira Pardo y el reconocido artista y estudioso Xosé Antón García G. Ledo, vocal de la mentada Comisión, como especialista en diseño heráldico.

Deberé aclarar, para pública ilustración, que el uso de emblemas por las corporaciones locales es fenómeno extendido sólo modernamente. Esto significa, en el caso concreto de Monforte de Lemos, que los primeros testimonios de su emblema municipal no pueden remontarse más allá de las décadas centrales del pasado siglo XIX. El tiempo transcurrido no es desdeñable en modo alguno, pero sí insuficiente, desde luego, para justificar la definitiva consagración de la tau como emblema propio de la ciudad, pues se trata de una figura que por su carácter y sentido -significado- poco tiene que ver específicamente con la gran historia de Monforte y su tierra de Lemos.

En este sentido vale la pena recordar aquí, a modo de breve semblanza justificativa, que

Monforte es la capital histórica del gran valle de Lemos y, al propio tiempo, la cabeza también del viejo y carismático condado que fue trampolín y respaldo de los más encumbrados personajes del medio gallego. Asimismo, que el núcleo urbano se localiza, además, al pie del celebrado Castro Dactonio, que poblaron los lemayos -Plinio y Ptolomeo lo recuerdan- y que todavía rodea un viejo y sólido recinto amurallado. En lo más alto, dominando literalmente un amplísimo y bello horizonte, está el mejor testimonio de la magnífica fortaleza

que señoreó estas tierras: la gran torre de homenaje -una de las convecinas a los cielos, de las rimas gongorinas-, contreineta metros de altura y unos muros de tres metros y medio de espesor. Junto a ella están, cabrá añadir, la iglesia y antiguo monasterio de San Vixente del Pino, fundado en el siglo X, y a la sombra de ambos los restos del gran palacio renacentista.

Todo es aquí testimonio del pasado; hoy, además, lo es también de una esperanza -verdadera promesa- para un futuro nuevo y mejor. En todo caso, aquí todo ejerce un excepcional magnetismo, pues evoca un rico pasado histórico, salpicado de acontecimientos y leyendas, con protagonistas de primerísimo orden, que desde muy antiguo han sido fuente de inspiración para poetas y escritores. Entre los más señalados, sin duda, aquellos Castro que se reconocen con alcuñas o sobrenombres de gran resonancia histórica: don Pedro el de la Guerra y sus hijos don Fernando Toda la lealtad de España, doña Juana la Desamada y, sobre todo, la famosísima y "aportuguesada" doña Inés Cuello de garza, que reinó después de morir.

De un tiempo anterior lo fueron otros no menos relevantes, como Rodrigo Fernández de Castro, que llamaron el Calvo o su hijo Gutierre Rodríguez el Escalabrado. De otro muy posterior lo fue, a su vez, el cardenal don Rodrigo de Castro, arzobispo